

*Julio César Santoyo, Historia de la Traducción: viejos y nuevos apuntes, León, Universidad de León, 2008, 327 pp.*

**María Teresa SÁNCHEZ NIETO**  
*Universidad de Valladolid*

*Historia de la traducción. Viejos y nuevos apuntes* es una recopilación de artículos, contribuciones a congresos y conferencias pronunciadas por Julio César Santoyo con ocasión de variadas reuniones científicas y publicadas en diferentes revistas, actas y monografías. Surge de la voluntad del autor de unificar su investigación en un solo volumen y facilitar así la recepción de la misma.

La ordenación de los 18 capítulos que componen el libro responde a un criterio cronológico. El espectro cubierto por las investigaciones de Santoyo abarca desde el siglo III, con los primeros testimonios de labor traductora en la Península Ibérica (el panonio Martín de Dume, afincado en aquella localidad lusitana, y su discípulo Pascasio), hasta el siglo XX, con la reivindicación de la faceta traductora de Manuel Azaña.

Podemos identificar un primer bloque de tres capítulos dedicado a los testimonios de labor traductora a lo largo de la Edad Media en los dos mundos que convivían en la Península, el cristiano y el musulmán. Se trata de los capítulos *Los inicios de la traducción monacal en Europa: Roma, Dume, Vivarium... (s. VI)*, que describe los primeros balbuceos de la traducción erudita en nuestro continente (pp. 13-26), *De Braga a Ripoll: Apuntes para una historia de la traducción en la Península Ibérica (ss. III-IX)* (pp. 27-41) y *Traducciones periféricas (1250-1300)* (pp. 43-66). Los protagonistas de las primeras hazañas traductorales reviven a través de la pluma de Santoyo, gracias a cuya esforzada labor el lector actual percibe sus voces: Pascasio, Dionisio el Exiguo, Ramón Llull...; el autor no es menos ducho en la descripción de ambientes, paisajes y estancias (véase la colorida descripción del paradisiaco entorno del monasterio Vivarium, en la Calabria itálica, y de su bien nutrida biblioteca, pp. 19-24). Pero, al mismo tiempo, Santoyo nos proporciona claves para entender algunas de las facetas de la realidad de la traducción en aquellos lejanos siglos. Sirvan aquí sólo algunos ejemplos: Cómo en Bizancio la actividad traductora no gozaba precisamente de consideración por la imposibilidad de entender los textos traducidos, compuestos de palabras juntadas sin atender al sentido del conjunto (p. 25), cómo en los territorios musulmanes de la península ibérica los códices circulaban como obsequios entre imperios (p. 33-34), cómo la ciencia se apoyaba en las traducciones, cómo el árabe y el griego funcionaban como lenguas exportadoras y el latín como lengua importadora, etc.

## REFLEXIÓN TRADUCTOLÓGICA

El cuarto capítulo tiene un especial carácter bisagra, tanto por el lugar que le corresponde en la ordenación cronológica del conjunto –(principalmente la Baja Edad Media)– como por su contenido: Santoyo no recoge en este capítulo testimonios de labor traductora sino de reflexión traductológica en aquella época. *La reflexión traductora en la Edad Media. Hitos y clásicos del ámbito románico* (pp. 67-83), es un interesante trabajo lleno de “voces”, que en este caso nos transmiten las reflexiones de los teóricos medievales. El lector, de la mano de Santoyo, puede apreciar cómo la historia de la traducción, a través del estudio de la reflexión teórico-traductológica se convierte en parte de la historia de la cultura (p. 82). Ante nuestros ojos desfilan Roger Bacon (que reniega de las malas prácticas traductoras y llega a desear que el conocimiento de idiomas hiciera innecesaria la traducción), Juan de Antioquía reflexionando a propósito de su traducción de la *Rhetorica* (1282), Dante Alighieri, preocupado por la dificultad de traducir verso “sin romper toda su dulzura y armonía”... sin olvidar a Leonardo Bruni y su polémica con el obispo Cartagena ni a Alonso de Madrigal, *El Tostado*. Santoyo concluye el capítulo elogiando a estos grandes olvidados de la reflexión traductológica, los medievales: “Mantuvieron encendida la llama crítica de la traducción, evitando, casi sin saberlo, que la tradición se rompiera” (p. 82).

El capítulo titulado *La escuela de traductores de Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana* (pp. 85-102) es una investigación muy bien organizada. En ella, Santoyo desmonta una hipótesis y construye otra en espejo con datos y pruebas nuevos. El capítulo abre con la impactante afirmación de que la escuela de traductores de Toledo es un mito. Según el autor, no se puede probar su existencia; la actividad traductora desde el árabe se desarrollaba en realidad simultáneamente en numerosos puntos de la Península. El autor traza el origen de lo que para él es “el mito de la Escuela de Traductores”: Jourdain, Rose, Menéndez Pidal (p. 85), y remite a estudios que confirman su contrahipótesis, entre ellos la tesis doctoral de Foz (2000 [1998]) y el monográfico de Pym (2000). A continuación el autor detalla las condiciones en las que se realizaron traducciones en el entorno del Marqués de Santillana en la España del siglo XV: El marqués no dominaba el latín, tenía una biblioteca muy nutrida (con manuscritos italianos, latinos y franceses), disponía de un hombre de confianza, Nuño de Guzmán, encargado de adquirir nuevos textos en Florencia (los hacía copiar y/o traducir) y contaba con un círculo de al menos doce personas que hacían traducciones para él (aunque no sólo). Santoyo nos hace comprender, a través de numerosas citas (cf. pág. 94) cómo el marqués se sentía directamente responsable de esa labor traductora, que generó cerca de cincuenta obras (citadas en una suerte de catálogo en las pp. 94-97). Termina con la (provocadora) afirmación de que “la empresa cultural del marqués de Santillana superó con mucho, en número y en importancia cultural y literaria, a la del propio rey Sabio” (p. 99), puesto que contribuyó a difundir en la Península Ibérica ideas de Platón, Dante, Homero, Cicerón, Séneca, Boccaccio, entre otros... El autor estima que la importancia de la repercusión de esta labor de mecenazgo no ha sido suficientemente considerada por los historiadores de nuestra cultura (p. 100).<sup>1</sup>

En el segundo de los tres trabajos que Santoyo dedica al Prerrenacimiento, titulado *De nuevo sobre El Tostado: La creación de un metalenguaje traductor en la España del siglo XV* (pp. 103-

---

1 Como cuestión interesante al final de este capítulo Santoyo traza la historia del neologismo *traducir*, rápidamente popularizado en la península itálica a partir de los escritos de Leonardo Bruni e introducido en España por Juan de Mena (que había vivido en Italia), para concluir que antes de que se fuera aceptando el neologismo en nuestra península, existía ya “todo un canon terminológico filológicamente activo en esta parcela de la actividad intelectual” (p. 115).

117), Santoyo demuestra cómo la terminología referida a la traducción y al proceso traductor experimenta un considerable desarrollo al socaire de la reflexión traductológica y ésta a raíz del aumento de traducción hacia las lenguas romances, durante el que el autor denomina “el ‘siglo de oro’ de la traducción a las lenguas vernáculas” (p. 104). Santoyo subraya el interés de los estudios sobre el metalenguaje traductor del Prerrenacimiento en España y recuerda que aún hay un importante trabajo de investigación por hacer en este campo. Como demostración de lo anterior, Santoyo lleva a cabo una sucinta pero esclarecedora explicación de la terminología empleada por Alonso de Madrigal, *El Tostado*, en sus comentarios a la traducción de las *Crónicas* de Eusebio de Cesarea, que le fue encargada por el Marqués de Santillana.

## HISTORIA DE LA AUTOTRADUCCIÓN

En el capítulo *Traducciones de textos de espiritualidad en la península ibérica: El siglo XV* (pp. 119-135), Santoyo señala otro campo de investigación aún prácticamente virgen (si exceptuamos, claro está, el trabajo que comentamos): el estudio de la corriente traductora de textos de espiritualidad. Las lecturas de espiritualidad pertenecían a la vida diaria, pública y privada, no sólo de los conventos, sino también del común de la gente. Muchas de estas obras religiosas se escribían para ser leídas y “trascendían al pueblo llano e iletrado...” (p. 120). Este escenario constituía una vía de penetración de la literatura foránea que nada tenía que ver con el mecenazgo económico. El autor rebate así generalizaciones presentes en la historiografía de la traducción tales como que “todas las traducciones del siglo XV se hacen por encargo de un gran señor” (p. 121).

El siglo XVI en la obra de Santoyo se inaugura con el capítulo titulado *De Nebrija a Sor Juana Inés de la Cruz: Apuntes someros para una historia de las traducciones de autor en España y Portugal, 1488-1700* (pp. 137-179). También aquí el autor deja una puerta entreabierta para un estudio más dilatado, que aporte más datos a los por él apuntados, y que haga aún más evidente la tesis de que la autotraducción (esto es, el caso en el que un autor traduce su propia obra a una segunda lengua) ni es una excepción, ni es infrecuente. En este sentido, Santoyo se opone abiertamente a autores como Balliu, A. Berman o G. Millar, y les acusa de generalizar en exceso y marginar en los Estudios de Traducción un fenómeno con numerosas manifestaciones a lo largo de la historia.

Prosigue la descripción del siglo XVI en materia de traducción con *Trento, 1546: Crónica del primer congreso internacional sobre la traducción* (pp. 181-202), donde Santoyo nos demuestra sus excelentes dotes de narrador.

## HISTORIA DE LA TRADUCCIÓN DEL INGLÉS AL ESPAÑOL

El segundo trabajo dedicado al siglo XVI, *Paul Typoots, primer traductor inglés-español (1577)* (pp. 203-210), comienza con la observación de que durante este siglo se tradujeron al inglés casi cien títulos castellanos, mientras que al español sólo se vertieron cuatro o cinco obras “de muy escasa entidad e importancia” (p. 203). En este trabajo el autor esboza una esquemática biografía profesional del traductor Typoots a partir de noticias que documentan algunas de sus actuaciones.

Como si de una novela de espías se tratara, Santoyo nos presenta a un Typoots en el punto de mira del Consejo Privado del Reino (de Inglaterra); éste último quiere hacer desaparecer unas traducciones al español de “un libro o ciertos escritos” relacionados con el viaje de Martin Frobisher a las costas de Norteamérica en busca de oro: No se descartaba que Typoots fuera un agente al servicio de la embajada española en Londres.

En *Thomas Nicholas y el cronista de Indias Agustín de Zárate: Comentarios a propósito de la traducción inglesa de La conquista del Perú (1581)* (pp. 211-226), Santoyo nos descubre algunas de las particularidades de las traducciones del castellano al inglés en la Inglaterra del s. XVI, cuestiones que no por lógicas resultan menos sorprendentes al lector español de hoy, acostumbrado a la importación de traducciones: Los traductores ingleses, que eran casi todos amateurs –sus ocupaciones principales eran las armas, la política o el comercio– entendían la traducción como un acto patriótico, pues con los libros extranjeros hacían un bien al su país tan grande como los descubrimientos de sus capitanes; en la Inglaterra del s. XVI, los libros que hacían referencia a descubrimientos geográficos tenían casi siempre un original castellano: España exportaba. Finalmente, Santoyo nos demuestra en su estudio comparativo de la traducción de Nicholas y el original de Agustín de Zárate cómo esas traducciones eran un ejemplo de adaptación al lector meta, que recibía un texto “retocado” a la medida de sus conocimientos.

En el trabajo titulado *Traducción, pseudo-traducción y reescrituras: El paradigma de las Lettres Persiennes de Montesquieu* (pp. 237-250), Santoyo nos proporciona una clara ejemplificación de la teoría del polisistema literario (inspirada por los escritos de Even Zohar). El autor describe el impacto de la fórmula (no excesivamente novedosa) de las “cartas de extranjeros pseudotraducidas” en el polisistema literario del francés pero también (a través de la traducción) en otros polisistemas literarios: el inglés, el italiano y, más tardíamente y con menor intensidad, en el polisistema literario español, con las *Cartas marruecas* de Cadalso como testimonio relevante.

## INTÉRPRETES DE NAVÍOS EN ESPAÑA

El segundo capítulo dedicado a los ss. XVII y XVIII se titula *Un quehacer olvidado: Los intérpretes-traductores de navíos* (pp. 251-266). Una vez más, Santoyo llama la atención sobre la existencia de otro vacío en la historiografía de la traducción: el estudio de la labor de los “lenguas” o intérpretes al servicio de los conquistadores en España a partir de Carlos V. Según Santoyo, esta parte de la historia de la traducción, tan importante en la historia de la política de nuestro país, “está aún por ser escrita” (p. 254). En el resto del capítulo, el autor reproduce y comenta las “Ordenanzas de la Ilustre Universidad y Casa de Contratación de la m. n. y m. l. Villa de Bilbao, aprobadas y confirmadas por el rey n. s. Don Phelipe Quinto (1738)” y las homólogas de San Sebastián, “aprobadas y confirmadas por [...] D. Carlos Tercero, (1766)” (p. 263). Según Santoyo, las ordenanzas de Bilbao constituían todo un código comercial ejemplar, adoptado en España y seguido por numerosos países, base del derecho mercantil español y de la Europa continental. El autor nos guía hasta el dato relevante en este contexto: Las ordenanzas contenían 13 apartados dedicados a la actividad de los “corredores de navíos, intérpretes de sus capitanes ó Maestros y sobrecargas, número de ellos; y lo que deberán hazer” (p. 258).

## MÁS TRADUCCIONES DE AUTOR

El siglo XIX está representado en este monográfico por el artículo *Francisco Martínez de la Rosa, autor y traductor: Nueva visita a Aben Humeya* (pp. 267-286). En él, Santoyo desafía la propia afirmación del autor en el prólogo de *Aben Humeya*, aceptada sin discusión por los estudiosos de la obra de este erudito, según la cual Martínez de la Rosa habría compuesto su obra en francés “con gran esfuerzo” para posteriormente traducirla al castellano. Como un auténtico detective, Santoyo va sacando a la luz rasgos del texto francés que podrían constituir la prueba de que éste es subsidiario del castellano y no al revés.

En *Memorias de un autotraductor arrepentido: Rabindranath Tagore* (pp. 287-312), deliciosa narración, Santoyo nos presenta la historia de la recepción de Tagore en el mundo occidental a partir de sus propias traducciones en prosa de sus poemarios.

Llegados a este punto queremos sistematizar lo que a nuestro juicio son las características que distinguen positivamente la obra que reseñamos y que le hacen merecer un lugar de honor entre la bibliografía de Estudios de Traducción. En primer lugar, la cuestión más evidente: La cantidad de estudio detrás de cada artículo, los años de investigación dedicados a recorrer bibliotecas y rastrear las fuentes. Como resultado de ese trabajo, Santoyo teje una suerte de red en la que se entrelazan vidas, obras y tendencias, y va dirigiendo nuestra atención ya hacia un hilo, ya hacia un nudo concreto de la red. En segundo lugar, el “olfato” investigador del autor y su rigor metodológico: Santoyo recoge testimonios traductológicos de la más diversa índole (reflexiones, prólogos, declaraciones de intenciones, etc.) y, lo que es decisivo, interpreta esos testimonios a la luz del contexto histórico-cultural en el que se originan. En tercer lugar, el inconformismo demostrado por el autor que le conduce a destapar los errores que se esconden tras ciertas asunciones generales en los Estudios de Traducción. En cuarto lugar, la conciencia de la provisionalidad de todo conocimiento generado: El autor señala en varias ocasiones a lo largo de la obra aquellos aspectos en los que conviene profundizar y seguir creando conocimiento para poder seguir tupiendo la red de la Historia de la Traducción. Y, para finalizar, la facilidad con que el autor consigue atrapar al lector en una lectura que no por erudita deja de ser amena. En este sentido se advierte cómo muchos de los textos de esta obra están escritos para ser leídos ante un auditorio, pues no faltan los recursos retóricos para mantener la atención del oyente, que ahora se ha convertido en lector.

Con *Historia de la traducción: Viejos y nuevos apuntes*, Santoyo nos cede un legado investigador de inapreciable valor, un testimonio de nuestras raíces que a todos conviene conocer. Saludamos, pues, la iniciativa del autor de recoger su investigación en un solo volumen y le deseamos una magnífica recepción y repercusión en el panorama investigador de los Estudios de Traducción del ámbito hispánico y mundial.

FOZ, C. *El traductor, la Iglesia y el rey*. Barcelona: Gedisa. [Original en francés *Le traducteur, l'Église et le roi* (1998)], 2000.

PYM, A. *Negotiating the Frontier: Translator and Intercultures in Hispanic History*. Manchester: St. Jerome, 2000.